



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO
 DIRIGIDA POR
 D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

FRANCISCO PIZARRO

Nació este conquistador del Perú en Trujillo en 1471 segun se cree, y fué tan humilde su condicion en los primeros años de su vida, que guardaba cerdos; pero el noble aliento de su alma le hizo abandonar su patria en busca de mejor fortuna, y pasó á América, donde sirvió á las órdenes de Ojeda y tomó parte en la expedicion de Balboa (1513). Asociado con Almagro, tomó el mando de los que iban á buscar la *tierra del oro* de que tanto se hablaba. Hizo durante tres años un viaje de exploracion al



Francisco Pizarro.

Sur de Panamá, sufriendo todos los trabajos imaginables, y hallando por fin el país buscado, regresó á España, obteniendo de Carlos V el título de virey de aquellas regiones por él descubiertas. Entró vencedor en el Perú (1531), y despues fué dueño de *Cuzco* y *Quito*; dominó todo el Perú mientras Almagro conquistaba *Chile*, y fundó la capital *Lima*. Sitiado en esta ciudad por los naturales insurrectos los rechazó victoriosamente; y con posterioridad enemistado con Almagro, tras de la muerte de éste gobernó arbitrariamente, y su falta de tino y

equidad conciliaron contra él los descontentos y los partidarios de Almagro, que unidos en contra suya hasta lograron su muerte, que tuvo lugar á manos de Rada, en su mismo palacio, en el año 1541. Mucho le ayudó su buena fortuna, y desde la condición más baja llegó á la elevada de virey; pero no supo conservar lo que acertó á conseguir, y su aciago fin puede ser escarmiento para los que en elevados puestos olvidan los altos y rigurosos deberes que en ellos contraen.

UN DIA DE LUTO Y RECOGIMIENTO.

(CONTINUACION.)

No me digais nada hasta ver si interpreto con fidelidad por la viva expresion de vuestros ojos cuanto quereis contarme balbuceando con la natural pesadez de la lengua.

— Eso no podrá ser, D. Vicente, porque es muy difícil, siendo tanto como somos, que V. adivine todo aquello en que nos hemos podido fijar.

— Mucha verdad decís; lo comprendo; pero ya vereis cómo no es la cosa tan imposible si hacéis caso omiso de ciertas pequeneces ó trivialidades, que por carecer de interés ó importancia no han de ocuparnos inútilmente. Vamos; ¿á qué habéis parado mientes en los mausoleos hermosos de piedras diferentes y valiosas; en lujosos panteones circuidos de lindos y pequeños jardines que cierran á veces unas balaustradas caprichosas y elegantes; en esas calles largas, rectas y angostas, limitadas por tres y cuatro pisos de nichos, muchos de los cuales están cerrados por lápidas en que aparece confundido el carino de quien la dedica con la va-

nidad y el arte; en epitafios ostentosos y dedicatorias que inspiran la gratitud, el amor, el genio y aún la activa manifestación personal; en fotografías de los que descansan en tranquila paz, objeto de tales demostraciones; en coronas de siempre-vivas en prueba de inextinguible memoria consagrada á los muertos, en que el suelo está sembrado de rosas, paños negros y hachas funerarias en cuyas espirales de humo se elevan las oraciones cristianas al Padre Eterno; en los grupos de personas, esparcidos aquí y allí, contemplando y sollozando con sentimentales ayes que deja de cuando en cuando escapar el afligido corazón de un padre, de una madre, de un hijo ó de un hermano; en los curiosos como vosotros, que monudean por todas partes, y, finalmente, que dicho queda ya lo principal, en la Cruz Santa del Hijo de Dios, que se multiplica tan sencilla como llena de majestuosa grandexa, hasta entre las humildes hielvecillas que brota la tierra de la más modesta tumba, único blason que debía esudar en su seno así lo de la carrera humana?.....

— ¡Sí, señor!

— ¿Véis cómo, en efecto, os he acertado el pensamiento?

— Sí, señor, pero es porque V. nos estaba mirando lo que hacíamos y por donde íbamos.

— ¡Qué cándidos sois! ¿cómo habéis ya, en el laberinto que presenta el cementerio, de perderos de vista un momento? Todavía, eso que decís es

perfectamente gratuito. Yo observaba vuestros pasos y vigilaba vuestros actos, si, desde larga distancia algunas veces; mas aunque estuviera en los mismos puntos que visitabais, fuírame de todo extremo imposible penetrar en lo que individualmente llamaba á un tiempo con especialidad vuestra atención. Esto no puede hacerlo nadie, amiguitos míos;

lo que puede hacerse es deducir; yo, pues, si os sorprendí en tales reflexiones, sólo fui por deducción; de ningún modo por que os mirara.

¿Me entendéis?

- Sí, señor; sí, señor.

- Bien. Ya que á pesar de hallarnos al aire libre veo que no se lleva mis palabras el viento, volvámonos hacia la población, y en el corto trayecto del regreso continuare, si no os cansais, haciéndoos algunas otras explicaciones.

- No, señor; al contrario: si V. no se molesta tendremos mucho gusto en ello.

- Yo nunca me molesto, hijitos, cuando os estoy enseñando; lo que hago es disfrutar sobremedida, y más aún, si, como creo, que comprendéis bien y no echáis mis saludables lecciones en olvido.

- Así es, así es.

- Pues mucho me alegro, querida. ¡Ea!, pongámonos en marcha.

Si la seriedad del día lo permitiera, y esto no significa que rehuya hacerlo el en que lo juegue más á propósito, os hablaría de Diana, diosa de los bosques; de

Amfitrite diosa hija del Océano, así como de Osiris y el buey Apis, á los cuales en este mes adoraban y celebraban fiestas paganas antiguamente los egipcios. También asociaría á estas fábulas el nombre del rey Cofto, que según se cree, mandó construir la mayor de las célebres pirámides que constituyen la maravilla africana. Pero, ¿á

dónde os llevaría? A profanar seguramente las horas de recogimiento en que desear permanecerais para seguir honrando el día, con referencia al cual no ha de faltarme, si Dios quiere, de donde sacaros alguna más propia historieta. Probenos.

Como ya habreis tenido ocasión de observar, la costumbre del reposo de los difuntos no constituyó nunca en la Iglesia fiesta de precepto; pero según dice el sabio P. Isla, bien se puede asegurar que como devoción hay pocas más antiguas y universales que ella. Efectivamente, la Biblia nos habla de la misma, y remonta su origen nada menos que al siglo 39 de la creación, más de 160 años antes de Jesucristo, que vienen á componer unos 2030 años hasta el presente. Ved aquí un extracto.

(Se concluirá.)

VICENTE JIMENO BURGUES.

LA CARIDAD MÁS MERITORIA.

Habia una reina tan buena y tan sumisa y guiada por la enseñanza de Dios, que daba con su virtud y saber decoro al trono, y

con su ejemplo una gran lección á sus vasallos.

Estableció esta gran reina un premio para aquel que en el año trascurrido hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad, conociendo que era esto una gran enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado por ella, y estaba reunido un inmenso concurso presidido por la reina en su trono, se acercó uno y dijo que había construido en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El co-

razon de la buena reina se llenó de gozo al oír esto, y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido.

—Sí, señora, contestó el interrogado; sólo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro que conste en qué fecha y por quién fué construido el edificio.

La reina le dió las gracias, y se presentó otro.

Este dijo que había costado á sus expensas un cementerio en su pueblo, que de este carecía. Alegróse la virtuosa reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si esta-



La caridad más meritoria.

ba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que sólo faltaba concluir el hermoso enterramiento que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia. Dióle gracias la reina, y en seguida se presentó una señora que dijo había recogido una pobre niña huérfana que se moría de hambre y la había criado dándole lugar de hija, que no tenía.

—¿Y tienes la niña contigo? preguntó la reina.

—Sí, señora, contestó la interrogada: es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la

casa y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí mientras Dios me dé vida.

Celebró mucho la reina esta digna obra de caridad, y fué distraída por un tropel; las gentes abrían calle á un hermoso niño, el que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto, que hacía esfuerzos por deshacerse de sus manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

—¿Qué quiere ese bello niño? preguntó la reina que no cerraba sus oídos, que eran

más de madre que de soberana, á ninguno que deseaba hablarle.

—Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, traer á vuestra Majestad á la que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y la mejor obra de caridad.

—¿Y quién es? preguntó la reina.

—Es esta pobre anciana, contestó el niño.

—Señora, dijo toda cortada y confusa la anciana, nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante has merecido el premio, dijo en tono suave, pero decidido, el niño.

—Pues ¿qué has hecho? preguntó la noble reina, que ántes de todo queria ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan, respondió el niño.

—¡Ya veis, señora, exclamó apurada la anciana; ya veis, un mendrugo de pan!

—Es verdad, repuso el niño, que no fué más que un pedazo de pan; pero estábamos solos y fué el único pan que tenía.

La reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y el niño, que era el



La infancia de los grandes hombres.

Niño Dios, se elevó á las alturas bendiciendo á la grande y virtuosa reina que daba premio á la caridad, y á la buena y humilde anciana que lo había merecido.

FERNAN CABALLERO.

LOS TRES ESPEJOS

Una jóven, que á veces daba acogida á algun pensamiento de vanidad, escribió cierto día á su madre:

«Querida madre: Desearia en gran mane-

» ra tener un espejo para el tocador; es un » objeto indispensable, y espero que tendrá » la bondad de enviármelo. Lo estoy aguar- » dando con impaciencia.»

Al siguiente día, la jóven recibió de su madre una respuesta concebida en estos términos:

«Querida hija: Te mandaré el espejo que » me pides; sólo que en lugar de uno reci- » brás tres.... En el primero, verás lo que » eres; en el segundo, *lo que serás*; y por úl- » timo, en el tercero, *lo que debes ser*.»

Cuando hubo concluido la lectura de la

carta, la jóven se entregó á mil conjeturas; mas tuvo que resignarse á esperar, cosa que cuesta bastante á los diez y seis años. Así es que contaba los dias, las horas, los minutos que pasaban sin recibir la anunciada remesa. En fin, despues de tres mortales dias, que le parecian tres siglos, llegó una caja; así que se la hubieron entregado, la jóven se la llevó corriendo, y encerrándose en su cuarto se dió prisa á abrirla.

Lo primero que se presentó á su vista fué un paquete cuidadosamente envuelto, y marcado con el número uno. Abrióle con precaucion; el corazón le daba fuertes latidos: ¿qué era lo que iba á ver?... Halló un modesto, pero fiel espejo, que, segun la promesa de su buena madre, le manifestó *lo que era*: su juventud, su lozanía, su belleza, en una palabra, las gracias y los encantos de la primavera de la vida.

—¡Oh qué buena es mamá! dijo la niña; y loca de contento dió cándidamente un beso al espejo.

Pero ¿qué es lo que podia contener el segundo paquete? Abrióle con curiosa ansiedad, y halló.... un cuadro que representaba una calavera: otro fiel espejo de *lo que sería más tarde*. La jóven comenzó á comprender la leccion que queria darle su madre, y estuvo contemplando más tiempo el segundo espejo que el primero. Quedaba el tercer paquete. Compréndese que despues del segundo la jóven hubo de experimentar cierto temor al abrirle; sin embargo, su mano abrió la cajita. Un grito de alegría se escapó de su pecho al hallar envuelta en un paño de seda una preciosa imagen de la Inmaculada.

—Hé aqui *lo que debo ser*, exclamó, y lo será con la gracia de Dios.

Y arrodillándose al punto, oró largo rato.

LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMIRES

LUIS VAN BEETHOVEN

Continuacion (1).

Sofia no tardó en volver á aparecer con todo lo que la habian pedido, y no encontrando ninguna mesa en la boardilla, puso la bandeja sobre una pequeña estufa.

Mr. Simrok se sentó en la única silla que habia; Luis fué á buscar un cajon de made-

ra que colocó delante del piano, y subiéndose en él se volvió de medio lado hácia el editor, y le dijo:

—Beba usted sin cumplimientos, y dígame qué quiere que toque.... ¿de Haydn ó de Mozart?

—De uno y de otro, dijo Mr. Simrok echando vino en los vasos y principiando á beber.

Así se pasó una hora, durante la cual el niño Beethoven, con encantador agrado tocó alternativamente y de memoria las piezas más afamadas de ambos maestros. Monsieur Simrok no habia necesitado la hora para vaciar completamente la botella que tenia delante de sí.

—¡Admirable! dijo cuando ya no quedaba más vino que el que habia en el vaso de Luis; sin embargo... es singular... Me gusta Haydn, me agrada mucho Mozart... y á pesar de eso me gustaba más lo que tocabas cuando yo he entrado.

Mr. Beethoven, que acababa de volver, apareció en este momento en la boardilla y se apresuró á dar la mano á su antiguo amigo y á excusarse por no haber estado en casa para recibirle dignamente.

—Pues aparte de tu grata compañía y la de tu señora, dijo Mr. Simrok saludando á Mme. Beethoven que venía con su marido, el niño me ha recibido perfectamente.... Toca muy bien... bebe lo mismo... ¡Amigo Beethoven, ese será con el tiempo un gran músico!

—¿Cómo que bebo bien?... dijo Luis sonriendo y enseñando su vaso, al cual no habia tocado.

—Gracias, amigo mio, dijo el editor de música tomando el vaso. A la salud de la mamá, continuó, desocupándole de un trago. Y luego, volviéndose hácia Mr. Beethoven, le dijo:

—Amigo mio, tu hijo es una cosa extraordinaria: es un cargo de conciencia no cultivar ese talento precoz. Mañana voy á hablar con Van der Eden, el organista de palacio; es un buen pianista, le conozco muy bien, y puedes confiar en mi palabra; es preciso que dé lecciones al niño.

—Ya sabes que no soy rico, amigo Simrok le hizo observar Mr. Beethoven.

—La honra de tener un discípulo como tu hijo le remunerará sobradamente de sus cuidados, y estoy seguro que con usura, replicó Simrok. Por lo tanto, envia mañana al

(1) Véase la pág. 342.

niño á casa de Van der Eden, que yo me encargo de arreglarlo todo.

Y el almacenista de música, tan caliente el cerebro con la música de Luis, como con la botella de vino del Rhin que habia bebido, se despidió repitiendo:

—Ese chico toca muy bien... bebe lo mismo... llegará á ser un artista notable.

Seis años hacía que habia tenido lugar la precedente escena, cuando una mañana entró Mr. Beethoven en la habitacion donde se hallaba su mujer, á quien sorprendió el aire triste y meditabundo de su esposo.

—¿Qué tienes? le preguntó aquélla.

—Luis, nuestro hijo mayor, me causa muchos disgustos, dijo Mr. Beethoven sentándose al lado de su esposa, que se encontraba bordando; no sé ni lo que hace, ni en qué se ocupa; tampoco puedo averiguar qué cosa le gusta, ni qué es lo que le desagrada; siempre está solo, buscando los sitios más solitarios y agrestes y más en armonía con su carácter sombrío; ó bien se va allá arriba, se encierra en su boardilla, y duerme pegado á su piano; podría creerse que estudia; pero siempre que le digo que toque algo, me contesta: «Padre mio, aún no sé tocar bien;» lo cual quiere decir: «No sé nada.» Pero ahora no es eso lo que me preocupa, continuó el tenor, sacando la caja de rapé y tomando un polvo. Ya sabes que siguiendo los consejos de Simrok, confíe Luis á Van der Eden, que le daba lección de balde; Van der Eden ha muerto, y cuando iba á suspender los estudios de Luis, el elector me avisa que Mr. Neefe, sucesor de Van der Eden, se encargará del educando, siendo de cuenta de S. A. los gastos. Habia aceptado; pero hé ahí que hoy se le ocurre á S. A. la idea de escuchar al niño, y acabo de recibir una orden para ir esta noche con él á palacio; ¡con Luis!... que jamás ha querido tocar delante de mí, y ahora va á hacerlo delante de toda la corte! Ya puedes comprender mi embarazo y mi intranquilidad por si no llegase á tocar bien.

—¿Has prevenido á Luis? preguntó la joven esposa.

—No; pero oigo que entra, y voy á hablarle.

Mr. Beethoven llamó en alta voz á su hijo, que atravesaba en aquel momento por el jardín, el cual no tardó en presentarse ante sus padres.

—El elector quiere oírte tocar, le dijo su

padre, y juzgar por sí mismo si aprovechas las lecciones que te dan y que él paga.

—Está bien, papá, contestó Luis sencillamente.

—Pero ten presente que es esta noche cuando tendrá lugar tu presentación en el palacio mismo del príncipe, y en presencia de toda la corte.

—Está bien, papá, volvió á decir el niño Beethoven sin alterarse.

—¿Está bien, está bien! repitió Mr. Beethoven con impaciencia; dices eso como si fuera la cosa más sencilla del mundo tocar delante de doscientas personas... ¿Sabes por lo menos la pieza que vas á tocar, y que sea de efecto brillante? ¿No te equivocarás y darás tropezones?

—No lo sé, papá, dijo Luis.

—¡Este niño me va á matar á disgustos! dijo Mr. Beethoven, que por primera vez en su vida se aventuró á manifestar delante de su esposa la inquietud que sentia por el porvenir de su hijo.

Luis bajó la cabeza silencioso, y viendo que su padre no le dirigía la palabra, se retiró.

Llegó la noche; Mr. Beethoven se puso el traje más decente, y seguido de su hijo se presentó en el palacio del elector de Colonia. El padre temblaba como un azogado, mientras que Luis demostraba gran tranquilidad, y el que hasta entónces habia aparecido tan tímido, parecia querer inspirar valor á su padre.

El príncipe les acogió con la mayor afabilidad, y mostrando á Luis un magnífico piano, colocado en disposicion de ser visto por todos los asistentes, le indicó que fuera á colocarse, y le preguntó qué pieza queria tocar.

—V. A. puede escoger la que guste, dijo Mr. Neefe tomando la palabra; mi discípulo ejecuta del mismo modo los estudios de Juan Sebastián Bach que las sinfonías de Hændel.

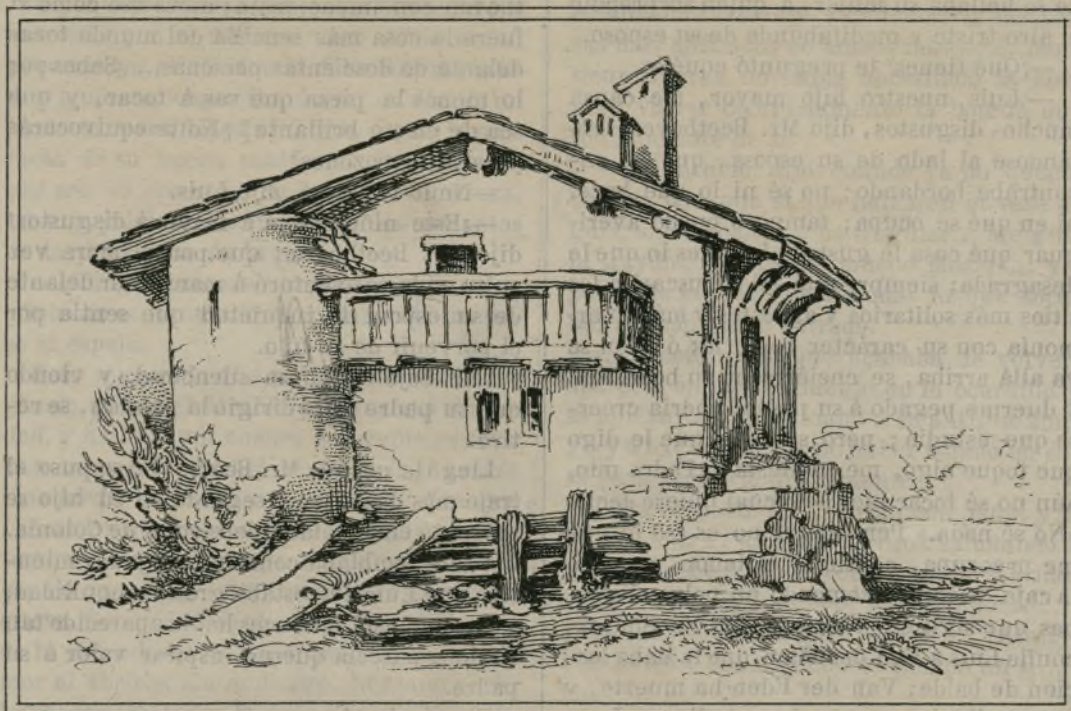
Durante este coloquio, obediendo Luis las órdenes del príncipe, se habia dirigido sin turbarse en lo más mínimo al sitio donde se encontraba el piano, cuando de repente palideció y dió un paso atrás.

Acababa de apercibir un grupo de joven-cillas colocadas en pié junto al instrumento, entre cuyo grupo, la mayor y la más bella le miraba con aire burlon y despreciativo. En esta joven de trece años reconoció la pequeña Leonor, la compañera de su

infancia, la educanda de Dorotea, la ahijada del príncipe.

—Es el niño Beethoven, dijo por lo bajo Leonor á sus amigas; pero no tan bajo que no lo oyese Luis, cuyo oído era entonces excesivamente sensible; es el huron de Bonn, como le llamaba en otro tiempo; en verdad que ha crecido, pero no por eso es más guapo. ¡Dios mío, qué feo es todavía!

Es necesario ser muy feo y excesivamente impresionable, para comprender lo que sufriría el pequeño artista al escuchar tan duras palabras. Un velo cubrió su vista; la sangre se agolpó á su corazón y parecía ahogarle, porque en aquel instante un frío glacial se extendió por todo su cuerpo y vaciló, viéndose obligado á agarrarse al piano para no caer.



Elementos de dibujo.

Un «¡vamos Luis, serenidad! ¡ánimo!» pronunciado por su maestro Mr. Neeffe, le recordó el sitio en que se encontraba y el objeto de su venida al palacio del príncipe.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS

SACADOS DE LAS OBRAS DE CERVANTES.

Quien habla siembra; quien escucha coge.
La desesperacion nada remedia.
Los necios admiran lo que no comprenden.
Las llamas de la caridad enjagan las lágrimas del dolor.
La moral es la higiene del alma.
No creais en la constancia de la fortuna.
Todos los hombres procuran la paz del alma, pero no la buscan donde se halla.

El avaro es capaz de todo lo malo
Grande cosa es el saber callar.
La atencion es el buril de la memoria.
Hacer bien por el bien mismo es una gran virtud.

Alégrate con los que se alegran, y llora con los que lloran.

Más fatigan los placeres que los negocios.
El amor es un tirano que á nadie perdona.
La necesidad desarrolla el talento.
El mejor consejo es la experiencia, pero siempre llega tarde.

El que se estima en mucho se conoce poco.
La inocencia es una preciosa salud del alma.
El lujo es como la hidropesía del cuerpo social.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.